

congruentes, pusieron de manifiesto este cambio, con muy poco margen para neutrales o prescindentes.

Pero, en un intermedio intelectual, y como una de las formas en que el magisterio español se afirmó en la Argentina, hay que mencionar la presencia del filólogo y crítico literario Amado Alonso, fundador y director del Instituto de Filología de la universidad de Buenos Aires. Desde allí y en compañía de un dominicano ilustre, Pedro Henríquez Ureña, transformó los estudios literarios hispánicos, con investigaciones, obras y un magisterio del cual hasta hoy se ha beneficiado nuestro país.

También por esos mismos años, se produjo en Buenos Aires otro acontecimiento cultural relacionado con España: la fundación de la revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo, amiga de Ortega y Gasset, bajo cuya inspiración se inició una de las mejores empresas culturales de la Argentina, en compañía de nombres como los de Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Guillermo de Torre y otros. La relación de Victoria Ocampo y *Sur* con Ortega y las letras y las ideas de España, ha sido estudiada en el ya mencionado libro de Emilia de Zuleta y no vamos a reiterar lo que ya es conocido. Solamente queremos subrayar que, sin las ideas centrales del ensayismo orteguiano y del ejemplo que daba el movimiento intelectual español de esa hora, *Sur* no hubiera sido lo que fue, ni tampoco se hubiera producido, en la cultura argentina, la transformación que dicha revista llevó a cabo.

Como ha señalado Emilia de Zuleta, los ensayos de Miguel de Unamuno mantuvieron una influencia permanente en el pensamiento hispanoamericano, aun cuando cambiaran los matices o facetas del mismo que interesaban en las diversas etapas de su proyección en el mundo hispánico. Un ejemplo de esta presencia la tenemos en uno de los ensayistas que integraron el grupo de *Sur*, Carlos Alberto Erro.

Filósofo por vocación —aunque no se dedicara con exclusividad a esta tarea—, Erro comenzó como crítico de Rojas y de su definición de la Argentina. Su primer libro, *Medida del criollismo* (1929) ahondó en el análisis del carácter nacional, dentro de la tradición del ensayismo español, aunque sobre la base de autores, libros y hechos relativos a nuestra singularidad. Declaraba la deuda con Ortega y en otro libro posterior, *Diálogo existencial* (1937), afirmó que los ensayos de Unamuno lo arrancaron del positivismo:

...quiero decir aquí cuánto le debo a D. Miguel de Unamuno. Probablemente ningún otro escritor argentino de mi generación le debe tanto como yo.<sup>13</sup>

Uno de los primeros estudiosos de Heidegger y del existencialismo entre nosotros, Erro, afirmaba que una de las características de la generación posterior a 1900, era el surgimiento de una conciencia ética y aún religiosa, que reclamaba organizar el país sobre bases de progreso y justicia, acordes con los tiempos que se vivían.

Su libro *Tiempo lacerado* (1936) estaba encuadrado en una Argentina que había recibido las críticas de Ortega, Waldo Frank y Hermann Keyserling. Habían aparecido análisis severos de nuestra realidad humana y social, como *El hombre que está solo*

<sup>13</sup> Carlos Alberto Erro, *Diálogo existencial*. Buenos Aires, *Sur*, 1937, pág. 180.

y espera (1931), de Raúl Scalabrini Ortiz, *Radiografía de la pampa* (1933) y *La cabeza de Goliath* (1940), de Ezequiel Martínez Estrada, y Eduardo Mallea, el gran novelista vinculado estrechamente al grupo de *Sur*, dio a conocer *Historia de una pasión argentina* (1937). Sin duda, la relación de estos autores con el ensayo español es muy diferente y en el caso de Martínez Estrada, su desdén por todo lo hispánico es notorio, pero queremos señalar la preocupación dramática por los análisis de la realidad nacional, la voluntad de una restauración de los valores espirituales como la única vía superadora de la crisis. Pensamos que este planteo, luego del cual se abrían las posibilidades concretas de la economía y la cultura, estaba fundado en el ejemplo hispánico de 1900, confirmado, una vez más, por el reconocimiento de magisterios como los de Ortega y Unamuno.

Digamos, además porque es de justicia, que esta relación con el pensamiento de los ensayistas españoles no tuvo siempre un signo afirmativo. Victoria Ocampo, no obstante su devoción por las ideas de Ortega, jamás declinó su fervor por lo francés y lo anglosajón y Jorge Luis Borges, aunque admitió su admiración «En torno a Unamuno poeta» (1923) y por Quevedo, en *Inquisiciones* (1925) y de haber hecho su conocimiento personal de España, jamás ocultó su desinterés por las letras españolas y su franca descalificación de Ortega. En esta actitud había mucho de la vieja inquina criolla contra lo hispánico, que tan bien representa la posición de Leopoldo Lugones, cuando no la consecuencia de polémicas menores, como las que siempre mantuvo Borges con su cuñado, nada menos que Guillermo de Torre.

## La guerra civil

En la caldeada atmósfera de la década del 30, la guerra civil española de 1936 vino a establecer un hito decisivo. La mayoría de los liberales y socialistas tomaron parte por la República, mientras que los conservadores y nacionalistas lo hacían por Franco, todo lo cual provocó una extraordinaria movilización intelectual de signo ideológico, que trajo una revisión de los juicios sobre la obra y la personalidad de los ensayistas españoles comprometidos por la guerra. No es exagerado decir que el conflicto provocó un auge entusiasta de lo hispánico y un ascenso del interés por las formas más sobresalientes de la literatura y el pensamiento españoles.

Tras la derrota, vino el exilio y llegaron a la Argentina figuras como las de Ricardo Baeza, Lorenzo Luzuriaga, Luis Jiménez de Asúa, Claudio Sánchez Albornoz, Francisco Ayala, Rafael Alberti, Arturo Serrano Plaja, Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Arturo Cuadrado y muchas más. No nos detendremos, ahora, en este punto, que está siendo objeto, en la actualidad, de una investigación muy documentada, bajo la orientación, precisamente, de Emilia de Zuleta, a quien ya se deben trabajos decisivos sobre la materia, a los cuales nos remitimos.

La agitación ideológica en torno a los bandos en pugna, llevó a una relectura de los autores españoles de mayor influencia en la Argentina. Las actitudes de Azorín, Pérez de Ayala, Marañón, D'Ors, Baroja, Unamuno y Ortega, de adhesión a los revolucionarios o de ambigua reticencia, desilusionaron y enojaron a muchos de sus lectores argentinos. Hubo recriminaciones, polémicas y una explicable actitud de encono por parte de quienes ignoraban muchos aspectos de la realidad política española o que, en todo caso, mantenían una militancia política liberal o socialista.

La formidable labor editorial, periodística, académica y literaria de los exiliados, contribuyó a dar formas nuevas al pensamiento y a las letras argentinas. Desde revistas como la ya citada *Sur*, *Realidad*, *Correo Literario* y *Cabalgata* o diarios como *La Nación*, *La Vanguardia*, *Crítica*, *El Mundo* y *Noticias gráficas*, se difundían las ideas de esta nueva promoción de escritores españoles, en contraste o reafirmación de un pensamiento que ya se conocía en nuestro país pero que, ahora, tomaba aspectos distintos, en función de la situación política que se vivía. Ensayistas argentinos como Dardo Cúneo, por ejemplo, muestran en su obra de entonces una serie de temas y enfoques que acreditan esta aproximación a lo hispánico.

Si juristas como Sebastián Soler, Mario Justo López, José Peco o Rafael Bielsa, tenían familiaridad con el derecho hispánico y con el ensayismo ideológico que lo acompañaba, los estudios históricos de José Luis Romero, sobre todo los referentes a la Edad Media, recibían un impulso nuevo por obra de la actualización provocada por Sánchez Albornoz; del mismo modo que ocurrirá con las ideas pedagógicas de Lorenzo Luzuriaga, de vasta difusión en nuestro país y con la profunda y extensa influencia de Francisco Ayala en los estudios sociológicos.

La crítica de artes plásticas de Jorge Romero Brest, por ejemplo, también se benefició del ensayismo español que, en las revistas y diarios argentinos, reforzaba el interés por el arte de España, con libros de divulgación, a veces, como los que aparecían en la Colección «Oro», de la Editorial Atlántida y en la Editorial Poseidón, del catalán Joan Merli, se dieron a conocer una serie de críticos de arte argentinos, también renovados en sus perspectivas por esta lección española.

Nombres como los de los filósofos Joaquín Xirau, José Ferrater Mora y David García Bacca se incorporaban a la curiosidad de los filósofos, aun cuando en este sector y de acuerdo con lo ya dicho acerca de Francisco Romero, la primacía la siguiera teniendo Ortega, a pesar de las reticencias provocadas por su actitud política.

## El hispanismo tradicional

Pero si bien se habla siempre de la influencia de los ensayistas liberales y socialistas españoles en la Argentina, poco se recuerda la importancia que tuvo la difusión del pensamiento tradicionalista, sobre todo a partir de Ramiro de Maeztu.

Comenzó, entonces, el desarrollo del pensamiento de Rodolfo y Julio Irazusta. El primero era un hombre de formación estrictamente hispánica y junto a Menéndez Pelayo, Ganivet y Maeztu tenía a Galdós como lectura y magisterio sobre la índole de los pueblos hispánicos. Su programa político estaba empapado del espíritu regeneracionista y el reclamo de una soberanía política plena correspondía a la exigencia de una personalidad propia, entendida al modo hispánico y vivida como estilo argentino. Pues para él, entre su raíz española y vasca y el acento criollo, no existían contradicciones ni enigmas.

Julio Irazusta compartió el mismo estilo de pensamiento y en su vasta obra de historiador y pensador propuso un programa intelectual cuyo carácter tenía un signo hispánico definido. Su defensa de la personalidad autónoma y de las libertades, su conciencia de la capacidad popular para vivir la república como sistema político, pensaba que tenía sus fundamentos en la tradición hispánica y son innumerables los trabajos que dedicó a temas, figuras e ideas españoles. Los Irazusta eran todo lo opuesto a un casticismo exagerado y Julio siempre quiso que su prosa, por ejemplo, estuviera desprovista de «tufu», como él llamaba a la imitación caricaturesca de lo español en que caían algunos escritores afines.

Otro historiador, ensayista político y crítico de ideas, fue Ernesto Palacio, que compartió la misma posición intelectual que los Irazusta y la difundió en una obra que tuvo, como uno de sus ejes, este reconocimiento de la filiación hispánica. En su ensayo «Los orígenes y el destino», de su libro *La historia falsificada* (1939), escribió esta afirmación que no requiere más explicaciones:

Somos españoles; mejor dicho, somos la prolongación de España en el Río de la Plata, por la persistencia entre nosotros de los dos elementos diferenciales, constituyentes de la cultura, que son la religión y el idioma «...» No, nada de tutelas. Continuamos la historia de España aquí en América al mismo título que los habitantes de la península la suya; ella nos es común hasta que se bifurca por el trasplante. Pelayo está a la misma distancia de unos y de otros y tan nuestros como de ellos son la lengua y el romancero y los grandes capitanes de la Conquista. Tenemos una manera peculiar de ser españoles, que ha cambiado de nombre y se llama ser argentinos. Constituimos una rama autónoma y no inferior de la hispanidad, según la palabra reanimada por Ramiro de Maeztu. Y dónde se realizará mejor el destino de la raza, si aquí o allá, sólo el futuro puede decirlo.<sup>14</sup>

Otro testimonio del pensamiento de los ensayistas españoles de inspiración tradicional se produjo en *Sol y Luna* (1938-1943), dirigida por Juan Carlos Goyeneche, Mario Amadeo y José María de Estrada, con la colaboración de César Pico, Ignacio B. Anzoátegui y Alberto Espezel Berro, entre otros. Las ideas de este grupo respondían a una «hispanofiliación», como escribiera uno de ellos, con ensayistas, filósofos y escritores que recobraban uno de los aspectos más ricos de esta tradición: la literatura clásica y la filosofía escolástica de cuño español.

Mayor densidad y originalidad, sin embargo, se advirtió en la revista *Nueva Política*, dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo, con la colaboración de Máximo Etxecopar,

<sup>14</sup> Ernesto Palacio, «Los orígenes y el destino». En su: *La historia falsificada*. Buenos Aires, Difusión, 1939, págs. 62-63. Sobre el nacionalismo: Enrique Zuleta Alvarez. *El Nacionalismo argentino*. Buenos Aires, La Bastilla, 1975, 2 tomos.